


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Pons, Silvio: *The Global Revolution. A History of International Communism, 1917-1991*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

Laura Prado Acosta

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad Nacional Arturo Jauretche

lauriprado@hotmail.com

Fecha de recepción: 24/11/2017

Fecha de aprobación: 30/11/2017

The *Global Revolution* de Silvio Pons se inserta en una tendencia que se instaló en la historiografía en los últimos años: el uso de la perspectiva transnacional. En su investigación, Pons se enfrenta al “desafío narrativo” de analizar la revolución comunista soviética y el internacionalismo comunista en una escala global. El autor parte de la observación de que el comunismo de matriz soviética motivó los sueños, acciones y desilusiones de buena parte de la humanidad durante el siglo XX. Asimismo, apunta que los principales hechos de la geopolítica mundial se tornan comprensibles sólo cuando se atiende a la tensión que causó el comunismo como fuerza cuestionadora del orden capitalista. Debido a que el internacionalismo caracterizó al comunismo, tanto en su definición de concepto político como en su estructura organizacional ligada a la Tercera Internacional, la afinidad entre este objeto de estudio y la mirada historiográfica transnacional resultaría evidente.

Aún así, el libro de Silvio Pons muestra que los usos de la perspectiva transnacional no son homogéneos, y que las estrategias metodológicas renuevan los objetivos de una investigación pero no necesariamente afectan la raíz de sus hipótesis. El campo de los estudios sobre comunismos, al igual que un amplio sector de las ciencias sociales y humanas, se orientan, entonces, hacia este “giro transnacional” en el que conviven, entre otras corrientes, la historia global, las historias conectadas y la historia cruzada. En términos generales, los principales aportes de las perspectivas transnacionales han sido la jerarquización de la geografía en la construcción de un problema de investigación, el cuestionamiento de concepciones fijas en el análisis de la dinámica centro-periferia y la atención a los juegos de escalas que afectan a un objeto de estudio. Cabe recordar, como lo puntualizó Romain Bertrand, que este “giro” contiene premisas generadas por tradiciones historiográficas pretéritas, como la Escuela de los Annales, en particular en las figuras de Fernand Braudel y Marc Bloch; recupera también las búsquedas realizadas en el ámbito de las historias comparadas, así como en la *macro-history* norteamericana, con autores como Charles Tilly, Theda Skocpol, o Barrington Moore¹. No obstante, aún cuando el carácter novedoso del giro transnacional es sólo relativo, puede observarse que desde los años 2000 las principales usinas académicas, en particular norteamericanas y europeas, han fomentado, a través de decisiones editoriales, traducciones, revistas y seminarios de posgrado, la presencia de estudios transnacionales. El libro de Silvio Pons, publicado originalmente en 2012 en Italia por Einaudi, y traducido al inglés por la editorial universitaria de Oxford, es sin dudas una muestra de ese avance en espacios centrales de la producción historiográfica.

Al mismo tiempo, esta investigación, posicionada en la corriente denominada *global history*, marca líneas de disputa con otras tradiciones transnacionales, principalmente debido a su selección de fuentes documentales y a sus referencias historiográficas. Esta historia global de la revolución y el comunismo es en buena medida una historia de las relaciones exteriores de la URSS,

1 Bertrand, Romain: “Historia global, historias conectadas, ¿un giro historiográfico?”, *Prohistoria*, No. 24, 2015, pp. 3-20. Véase por ejemplo, Braudel, Fernand: *En torno al Mediterráneo*, Buenos Aires, Paidós, 1997; Bloch, Marc: *Introducción a la historia*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 1957. Sobre las tradiciones de historia comparada véase, Gorelik, Adrián (org.): Dossier “El comparatismo como problema: una introducción”, *Prismas revista de historia intelectual*, No. 8, 2004, pp. 119-243. También Tilly, Charles: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza, Madrid, 1991 [1984].

realizada principalmente con los archivos de los partidos comunistas de la Unión Soviética, de Italia y de Francia. *The Global Revolution* narra la historia de los líderes bolcheviques, sus anhelos de formar parte de una “revolución mundial”, la adaptación al fracaso de tal plan y de “los métodos, limitaciones y fallas de la URSS y del comunismo internacional en su ejercicio de hegemonía y legitimidad” (p. 14). En el texto de Pons, los episodios transnacionales y las influencias globales del comunismo soviético adoptan un punto de miras enfocado en el Kremlin, ese es el centro del comunismo desde donde se impone un “control” a las periferias. Por eso, aun cuando se inserte en un movimiento de renovación historiográfica, debe señalarse que la investigación mantiene los postulados más tradicionales de la historiografía sobre comunismos.

El libro está dividido en seis capítulos, una introducción, un prólogo y un epílogo. Desde el prólogo, Pons analiza la relación entre la revolución bolchevique de octubre de 1917 y la Gran Guerra, reconstruye las esperanzas de los líderes revolucionarios rusos de que el proceso revolucionario se expandiera por el resto de Europa, en particular en Alemania. El fracaso de estos intentos no desvaneció el interés de Lenin en la realización de una revolución mundial, y en ese sentido se orientó la creación de la Tercera Internacional. El autor resalta que Lenin buscó, en particular, generar conexiones que posibilitaran apoyar una posible revolución en países desarrollados, pero, finalmente, el aislamiento de la revolución y, luego, las dificultosas relaciones exteriores entre la URSS y las revoluciones comunistas de países no desarrollados, fueron marcando el declive de este proyecto originario.

El capítulo “Tiempos de revolución” abarca el período que transcurre entre 1917 y 1923. Allí, Pons analiza las tramas en torno a la firma del tratado de Brest Litovsk, las pujas con Alemania, los conflictos con Polonia, la insubordinación de la legión militar de Checoslovaquia y la Guerra Civil en URSS, que también formó parte de un entramado transnacional, en el que participaron expedicionarios franceses y británicos, entre otras fuerzas occidentales. La creación del Ejército Rojo, fundado por Trotsky en el otoño de 1918, mantuvo también la perspectiva de conformarse como una “reserva estratégica” para el momento en el que se produjeran otras revoluciones, en particular en Europa Central. La creación de la Internacional Comunista o *Comintern*, desde sus inicios ligada al Comisariado Popular de Relaciones Exteriores de la URSS, buscó, asimis-

mo, mantener ese contacto con procesos revolucionarios externos. Sin embargo, algunos de ellos resultaron trágicos, como el iniciado por Béla Kun en Hungría o el reprimido intento revolucionario espartaquista en Alemania. Así, en este período se pasó de la idea de movimiento revolucionario a una estrategia de “guerra de posiciones”, materializada en la creación de partidos comunistas nacionales, en la que se depositó la esperanza de expandir el comunismo, ya en el largo plazo, y a través de la estructura de “Frente Único”.

En los capítulos “Tiempos de Estado” (1924-1939), “Tiempos de Guerra” (1939-1945) y “Tiempos de Imperio” (1945-1953) se analizan minuciosamente las luchas internas por la definición del liderazgo en la URSS, atendiendo en particular a los efectos en las relaciones exteriores que provocó la consolidación de Stalin en el poder. Silvio Pons señala que la muerte de Lenin inició el proceso de creación del “socialismo en un solo país”, en el cual el internacionalismo se transformó en la defensa a ultranza de la URSS. Así, se produjo la transición de un período “utopista” a una etapa de “mesianismo organizado, con sus dogmas y ritos canónicos” (p. 64). En las concepciones de Stalin, la revolución mundial no sería un acto en “un tiempo” sino que tendría diversas encarnaciones en diferentes países y debía estar específicamente atenta a la lucha anti-imperialista, de modo que países como India, Egipto y China podían contener una potencialidad revolucionaria ligada a sus luchas emancipadoras. En particular, Pons analiza las relaciones y disputas entre el gobierno soviético y las dirigencias comunistas en China.

Con el ascenso de Hitler, la principal línea directriz de la política global comunista pasó de ser el antiimperialismo al antifascismo. Pons observa el modo en el que Stalin fue ligando, desde 1934, el ascenso nazi con la inminencia de una nueva guerra. La “prueba de fuego” del antifascismo fue la Guerra Civil española, que, junto a la creación de los Frentes Populares, crearon la oportunidad para la movilización de masas antifascistas. No obstante, estos esfuerzos terminaron, para Pons, en una “disposición esquizofrénica” (p. 102), pues las nuevas directivas tendientes al consenso antifascista debían convivir con la estructura disciplinar y jerárquica de la organización partidaria. El avance de Franco en España y la invasión japonesa a China en 1937 coincidieron con la convicción, por parte de Stalin, del avance de una conspiración interna en la URSS, que llevó a un proceso de fuertes purgas que redefinieron al “partido-estado”. Este nuevo

repliegue represivo estalinista al interior de la URSS fue paralelo a la firma del pacto Molotov-Ribbentrop, que, por un lado, reveló las ambiciones expansionistas del estalinismo en Europa Central, y por otro golpeó duramente a quienes habían mantenido la línea antifascista fuera de la URSS.

El despliegue de la Segunda Guerra llevó a que los partidos comunistas en Europa se transformaran en redes ilegales, en muchos casos encabezando las resistencias, donde se fortalecieron y encontraron una identidad. Silvio Pons se detiene en las contradicciones entre las declaraciones de Stalin —quien en este período alteró la postura de Lenin en torno a una relación necesaria entre “guerra y revolución”— y las búsquedas de los partidos comunistas europeos. La cultura política diseñada por Stalin en este tramo es definida por Pons como un estatismo patriótico, un “nacionalismo bolchevique”, que se puso a prueba cuando Hitler finalmente rompió el pacto de no agresión y los soviéticos se destacaron en la que denominaron “Gran Guerra Patria”. La entrada de la URSS en la Segunda Guerra coincidió con la decisión de Stalin de disolver la *Comintern*: en carta a Dimitrov, Stalin señaló que la organización internacionalista en realidad perjudicaba a los partidos comunistas nacionales que eran acusados de ser “agentes de Moscú” y perdían fuerza para realizar sus “acciones de masas”. Silvio Pons rastrea los efectos de esta disposición en partidos comunistas no europeos, destacando los casos de Corea, Vietnam y China, en los que se alentó su acercamiento a los movimientos de liberación nacional.

El fin de la Segunda Guerra Mundial es considerado un “punto de inflexión” debido a que el estalinismo alcanzó su máxima unidad al interior de la URSS y porque se propició la combinación entre antifascismo y luchas de liberación nacional que crearon condiciones favorables para los comunismos no occidentales, en particular, asiáticos. No obstante, el autor afirma que la expansión del comunismo en la posguerra continuó teniendo un carácter principal y profundamente eurocéntrico, ligado al poderío del Ejército Rojo en Europa Central y a la fuerza de los partidos italiano y francés. Al traspasar las fronteras occidentales y derrotar al nazismo, la URSS volvía a luchar contra “el capitalismo”, definiendo un conflicto geopolítico entre dos “sistemas”. De acuerdo con el análisis de Pons, la expansión de la revolución ya no adoptaba los términos de la metáfora leni-

nista de “encender una mecha” de revolución global, sino que buscaba consolidar el poder soviético en Europa.

Pons encuentra indicios de la conciencia de Stalin de un plan signado por un “nuevo imperialismo europeo”, por ejemplo, en una afirmación que le habría hecho a Maurice Thorez (líder del PC francés), en la que habría afirmado que si Churchill hubiera tardado un año más en abrir el frente en Francia, el Ejército Rojo hubiera llegado a París. Enseguida agrega que no hubo ningún signo concreto de que los soviéticos albergaran tal plan de conquista continental. Aun así, y a pesar de que el recorrido por la situación de los comunismos de Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, Polonia, Albania, Grecia, Checoslovaquia y Alemania muestran que el proyecto imperial era al menos “frágil”, Pons considera que estos años de posguerra fueron “tiempos del imperio”. La creación del *Cominform*, el importante crecimiento en el número de afiliados a los partidos comunistas de Europa, la guerra en Corea y la revolución en China, tendieron a conformar un bloque de poder, que, ya desde la muerte de Roosevelt y con el desarrollo de la “doctrina Truman”, encontró en Estados Unidos a su oponente.

De acuerdo con Pons, la muerte de Stalin encontró al “campo socialista” en su punto más fuerte. Aún con sus importantes conflictos internos, la percepción que Occidente se formulaba del avance del comunismo lo posicionaba como un proyecto de “modernidad alternativa”. Los capítulos quinto y sexto, “Tiempos de declive” y “Tiempos de crisis”, abordan el período 1953- 1968 y 1968-1991 respectivamente. En ellos, Pons concluye que el comunismo internacional, por un lado, fue el impulso por el cual Estados Unidos forjó su “proyecto hegemónico” basado en un orden liberal, democrático, capitalista. Por otro lado, señala que el legado estalinista contenía una receta “autodestructiva”, basada en el uso del terror como método de gobierno que, aún con los intentos de renovación producidos desde el gobierno de Nikita Khrushchev, falló en la construcción de una hegemonía que superara la era del culto a la personalidad y no logró generar una fuente de legitimidad estable basada en el consenso.

El autor se propone enmendar una “interpretación errada” que reinó durante largo tiempo: los procesos provenientes del Tercer Mundo, en particular desde Vietnam, Cuba y de la descoloni-

zación de África, no venían a renovar el comunismo, eran sólo la última fase en la transición a la crisis del comunismo. Intentaron crear una mitología “romántica” pero carecían de vitalidad. Luego de un momento de fascinación, que en el caso de los intelectuales occidentales habría estado generado por la “ceguera” (p. 256) que en ellos produjo la pasión política, de acuerdo con Pons, se reveló que el marxismo era una “religión secular”, afirmación que retoma de Tony Judt. La interpretación de la fase final del comunismo profundiza el diálogo con otros referentes historiográficos ineludibles para Silvio Pons: François Furet y Stéphane Courtois quienes, en *El pasado de una ilusión* y en *El libro negro del comunismo* respectivamente, marcaron una línea interpretativa, por un lado, concentrada en develar la “naturaleza” totalitaria del comunismo y, por otro, en demostrar que el discurso clasista se tornó “anticuado”.

El epílogo de *The Global Revolution*, titulado “El fin del comunismo soviético y europeo en la historia mundial”, enfatiza que el fin del comunismo no fue inevitable: su derrumbe se debió a que Gorbachov quiso darle “un rostro humano” al socialismo yendo así en contra de su propia naturaleza “totalitaria”. La supervivencia de China, así como la de Cuba o Vietnam, resultan datos importantes pero, de acuerdo con Pons, en la geopolítica globalizada que se asentó en el último cuarto de siglo, estos comunismos carecen justamente de ese proyecto global y por lo tanto de épica y vitalidad revolucionaria.

En este importante trabajo de investigación, Silvio Pons buscó recorrer el proyecto internacionalista del comunismo soviético, indagando en la formación de un “poder global” que, de acuerdo con su análisis, contó con un centro que ejerció —o buscó ejercer— un dominio sobre las periferias. El libro logra dar respuesta a una de sus preguntas iniciales, referida al rol del comunismo en la geopolítica mundial, principalmente en tiempos de la Guerra Fría, desde una mirada centrada en las relaciones diplomáticas entre “estados comunistas”; pero deja pendiente una explicación sobre las adhesiones al comunismo en sitios del globo en los que el comunismo no ejerció un dominio estatal.